

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO DE NÚMERO ILMO. SR. D. ROMÁN JIMÉNEZ IRANZO «Los orígenes de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia»

Excelentísimo señor presidente
e ilustrísimos académicos
honorable señor conseller
y excelentísima señora alcaldesa
distinguidas autoridades,
señoras y señores,
gracias por haber venido

Y muchas gracias a todos aquellos que, con su generosidad, han hecho posible que a esta honorable Academia de Bellas Artes de San Carlos viniera, también yo, como académico.

A una entidad «sabia y polémica, tan crítica como docente, estimulante y fomentadora»¹, la verdad es que llego un poco viejo, y no por ello sin ánimo, con el buen deseo de serle útil, pero consciente de mis limitaciones y, además, como es evidente, con una contenida emoción.

No quiero ocultar que cuando el consiliario don José Mora Ortiz de Taranco me comunicó el resultado de vuestra elección, noté cierta humedad bajo los párpados, y al recordarme su afecto por mi familia y, en particular, por mi padre, tuve que apretarlos, ya que este emotivo sentimiento es asequible a todos mis próximos.

Por todos ellos, también, muchas gracias.

Debo suceder, más que sustituir, pues su recuerdo aún permanece entre los que fuimos sus amigos, a don Luis Gay Ramos, quien al ingresar en esta Academia, en 1963, bajo aquel título de su discurso «Misión de la belleza en la arquitectura contemporánea», dejó patente su constante búsqueda de esta gracia seductora y voluble.

El valor de sus conocimientos, así como su propensión a la «Bella Arquitectura» a través de los tiempos, quedaron reflejados en aquella ocasión, poniendo de manifiesto, sin pretenderlo, ser uno de los arquitectos más sensibles de su generación.

Su obra es tan extensa y variada, que un mero recuento no cabría en el limitado tiempo de esta intervención. Necesitaría más bien toda una tesis

doctoral, en la que, al ser desarrollada con la amplitud y profundidad que le son propias, sin duda quedarían extensamente reflejados dos periodos de nuestra reciente, y ya histórica arquitectura:

- la casi épica reconstrucción de la postguerra,
- y el desarrollismo de los años 60.

De Luis nos quedan hoteles, iglesias, viviendas, apartamentos, escuelas, conventos, centros de higiene, cinematógrafos, entidades bancarias, parques, restaurantes, y tantas otras...

Además de ser tan prolífico, las inauguraciones de muchas de sus obras se convirtieron en verdaderos acontecimientos culturales y sociales. Para confirmarlo nombraré solamente algunos de sus hoteles y, al mismo tiempo, quizás, despierte en más de uno de los presentes el deleite que producen los buenos recuerdos: El Excelsior de esta ciudad, el Carlton de Alicante, el Bairen de Gandía, el Astoria de Valencia, el Mindoro de Castellón o el emblemático Hotel Recatí², pionero en la playa de su mismo nombre, donde las pinturas y mosaicos de Manolo Gil, y el mobiliario de Martínez Peris, dieron la medida de esa belleza coetánea que tanto buscó y que, más tarde, culminó en el Restaurante Viveros.

Pero más que el elogio y el respeto por su obra, quiero afirmar mi gran admiración por su calidad humana, la lealtad a mis principios, y su despreñada disposición para el quehacer profesional.

Es obvio, aunque lo hago constar, que de todas estas cualidades ni he sido el único testigo ni, por supuesto, el mejor, y tampoco lo pretendo. Pero guardo algo muy especial en mi memoria: su sincera y equilibrada actuación como miembro del

(1) Garín Ortiz de Taranco, Felipe M^º, *La Academia Valenciana de Bellas Artes*, ed. Real Academia de Bellas Artes, p.12, Valencia, 1993

(2) Hotel Recatí: comenzado por el arquitecto don José Giménez Cusi, por encargo de Virginia Alborn y Pepita Más.

tribunal³ que juzgó el proyecto final de carrera de la primera promoción de arquitectos, de nuestra novel Escuela.

En esta prueba, él juzgaba no sólo los conocimientos de los alumnos como el resto del tribunal, sino también la calidad de la docencia, y la eficacia de la dirección. Don Luis Gay representaba oficialmente al Colegio de Arquitectos de Valencia, cuya junta directiva nunca nos fué demasiado afín y, en cambio, de él siempre retendré su amable y alentador apoyo, en un momento tan crítico para nosotros, es decir, para mí.

En 1963 obtuvo la Encomienda de Número de la Orden del Mérito Civil y, en el 72, fue admitido como miembro de la Academia de Doctores de Madrid.

Y ahora, de su suplente, recibe el reconocimiento más sincero.

«Al iniciar la parte preceptiva del discurso, en cumplimiento inevitable de aquello que los Estatutos dan por obligatorio», — como dijera don Fernando Llorca Díe⁴, en su valiosísima disertación de ingreso en esta misma Academia— debo prevenirles que no pretendo hacer un trabajo doctrinal, sino tan sólo un breve relato personal que atienda al interés manifestado por los señores académicos, y, a la vez, ponga ciertas dificultades a quienes han pretendido utilizar el tema con algún fin espurio o, simplemente, bucear en la ficción.

Por otra parte, he de confesar que me complace hablar en esta Casa de algo que, a mi entender, no debió ser nunca ajeno a ella:

«Los orígenes de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia»

El 20 de octubre de 1966, en uno de los diarios de la mañana, se pudo leer⁵:

«Ayer por la tarde, a las siete, tuvo lugar; en el Paraninfo de la Universidad, la apertura de curso de los estudios de Arquitectura, que después de dos siglos vuelve a estudiarse en Valencia.»

El acto tuvo la solemnidad acostumbrada, pero estuvo rodeado de singular expectación, por la importancia que para Valencia tiene la reanudación de esta actividad docente en ella, por las numerosísimas vocaciones que por dicha carrera alientan en una extensa región de la que Valencia es capital y centro. El Paraninfo se vio completamente lleno a rebosar; además de las personalidades que tomaron parte en el acto, por una masa de estudiantes que dio medida del interés despertado. Baste decir que el número de alumnos matriculados en el primer curso que se va a estudiar en Valencia, como primer paso para mayores logros, rebasa los 440.

Presidió el Rector de la Universidad, Sr. Corts Grau, que sentaba a su derecha al Director de la Escuela Superior de Arquitectos de Barcelona, de la que dependen los nuevos estudios, D. Roberto Terradas, con el Vicedecano de la Facultad de Ciencias, Sr. Beltrán; Director de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, Sr. González Sicilia; Decano del Colegio de Arquitectos de Valencia, D. Salvador Pascual; Presidente de la Real Academia de Bellas Artes y arquitecto, D. Javier Goerlich; arquitecto director del curso en Valencia, D. Román Jiménez; claustro de profesores, representaciones de la Escuela de Bellas Artes y de otras Facultades, escuelas y centros docentes de Valencia.

Hizo uso de la palabra, en primer lugar; el Sr. Corts Grau, para expresar el agradecimiento de la Universidad de Valencia a las entidades valencianas que tanto y tan tenazmente han trabajado y contribuido materialmente al logro de esta iniciativa, a la Escuela de Arquitectos de Barcelona, al Colegio de Arquitectos y al ministro de Educación y Ciencia por este primer logro de una vieja aspiración valenciana, tan justificada como se estaba viendo por los resultados conseguidos hasta ahora en cuanto a concurrencia de alumnos y que espera sea nuncio de mayores ampliaciones y consolidaciones para un futuro inmediato, destacando la gran labor material y moral que a todos incumbía, profesores y alumnos, para alcanzar la tan deseada y necesaria consolidación de la Escuela de Valencia.

Le siguió en el uso de la palabra don Roberto Terradas, Director de la Escuela de Arquitectos de Barcelona, quien comenzó por agradecer la cordial acogida que Valencia había dispensado a esta iniciativa y a él personalmente, destacando el esfuerzo llevado a cabo por el Alcalde de Valencia, la Universidad y demás entidades valencianas, que

(3) Composición del primer tribunal del proyecto final de carrera de la primera promoción:

- Tres catedráticos de la E.T.S.A. de Barcelona.

- Un doctor-arquitecto representante del Colegio de Arquitectos

- Un doctor-arquitecto representante de los alumnos

- Cuatro jefes de departamento de la E.T.S.A. de Valencia.

(4) Don Fernando Llorca Díe: Dr. en Ciencias Históricas y abogado. Discurso de ingreso en la Academia de BB.AA. de San Carlos: *La escuela Valenciana de Arquitectos* (29-XII-1932), contestado por el arquitecto don Fco. Almenar Quinzá. Publicado en el Archivo de Arte Valenciano.

(5) Las Provincias, jueves 20 de octubre de 1966, p. 16.

(6) Por ausencia de don Francisco Bosch Ariño, decano de la Facultad de Ciencias. Uno de los primeros colaboradores como organizador y legitimador del primer curso de Arquitectura.

tanto habían trabajado para llevar a buen término la idea inicial. Luego se dirigió especialmente a los futuros alumnos para ilustrarles acerca de la carrera de Arquitectura tal y como ahora ha sido estructurada y expresarles que se trata de una carrera difícil, en consonancia con los fines que la misma tiene confiados de formar lo mejor posible los arquitectos de la nación. Tuvo palabras de aliento e ilusión para profesores y alumnos, que iban a comenzar una interesante tarea en común, que esperaba y deseaba tan fructífera como por los primeros pasos cabría suponer.

Y por último, D. Román Jiménez desarrolló la primera lección del curso sobre el tema «Análisis de formas arquitectónicas», que desarrolló con todo acierto dentro de la brevedad obligada. Terminó su interesante disertación con un recuerdo emocionado a los primeros profesores que tuvo la vieja Escuela de Arquitectura de Valencia, D. Felipe Rubio y don Vicente Gascó que hace, precisamente en este curso, doscientos años que comenzó a funcionar en Valencia.

Los tres oradores fueron muy cariñosamente aplaudidos, terminando el acto en un ambiente de esperanzado optimismo ante el curso que comienza».

Hasta aquí el artículo.

Es cierto que terminé con un recuerdo a Felipe Rubio, Vicente Gascó y algunos más que no se mencionaron, desde Antonio Gilabert a Cristóbal Sales, y que a todos ellos les debemos esa arquitectura culta y académica, esparcida por nuestra geografía, donde las cúpulas y campanarios de las iglesias son buenos hitos de identificación de su influencia y de la singularidad de nuestro paisaje. Pero es igual... Fue la reseña más completa que apareció en la prensa.

Sin embargo, se omitió mi alusión a Julio Just⁷ y a Fernando Llorca Díe, quienes ya habían reclamado el primero en 1931 desde las Cortes, y el segundo en 1932 desde esta misma Academia, los estudios de arquitectura para Valencia.

Y no la vieja Escuela de Arquitectura de Valencia, como se dice un tanto despreocupadamente en la reseña⁸, sino una nueva Escuela Superior de Arquitectura, como la de Madrid y Barcelona.

Esa era exactamente, y no otra, la que reivindicaron estos dos ilustres valencianos, y que tampoco en la II República se consiguió.

El artículo comenzaba afirmando, con latente inexactitud, que los estudios de arquitectura volvían después de dos siglos, y además descubría, inoportunamente, la sorpresa que, con toda premeditación, había reservado para el final de mi intervención, pues

me atrevería a aventurar que la mayor parte de los asistentes no había oído hablar nunca de aquella institución, tan docta e influyente, y el resto no podía suponer que yo la mencionara en mi discurso.

Mi intención fue sorprender, para luego precisar que, más que una graciosa instauración de los estudios de arquitectura, se trataba de una reinstauración virtual... y tardía

Así me lo confirmó, complacido, don Javier Göerlich, en el claustro, al salir del paraninfo, diciéndome: «Bien, estas cosas no pueden ignorarse, ni olvidarse». Le agradecí su agudeza y le recordé algo que ya habíamos comentado en su domicilio por un tema bien distinto, nuestro ancestral barrio del Carmen⁹: «Ilustrísimo, qué triste es el olvido como terapia». La complicidad de unas sonrisas finalizó aquel diálogo. Y con ello, yo termino estas perdonables apostillas a tan estimada reseña.

El 25 aniversario de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia se celebró en Febrero de 1990, en la Universidad Politécnica.

En aquella ocasión, la dirección también creyó conveniente que hablara de sus orígenes y, aunque tácitamente dejé constancia en mi intervención de que su creación fue algo «providencial», hoy debo afirmarlo sin ningún tipo de reserva.

Y, para hacerlo patente, comenzaré con el *porqué* de esta pequeña historia, posponiendo el *cuándo*, el *cómo*, el *dónde* y *con qué protagonistas*, para que el juego del flash-back no oscurezca esta afirmación.

Con la perspectiva que brinda el paso del tiempo, puede verse con mayor nitidez que el único motivo por el que el ministro consintió en que se implantara el primer curso de Arquitectura en Valencia, fue para descongestionar la Escuela de Barcelona. Así lo confirmó al año siguiente, no autorizando el segundo curso y, asegurando, ante los medios de comunicación, en San Sebastián, que mientras él fuera ministro, en Valencia no habría Escuela de Arquitectura. Y así fue.

No le valieron los buenos resultados académicos alcanzados, ni el ejemplar proceder de los alumnos,

(7) Julio Just fue diputado durante la República y ministro de Negrín.

(8) La Escuela Valenciana de Arquitectos cesa al crearse en Madrid la Escuela Superior de Arquitectura, en 1846; por lo tanto, los estudios de arquitectura vuelven a Valencia, exactamente, después de 120 años.

(9) Jardín del Carmen: mi primera obra como arquitecto municipal. Fuente de los Niños de Mariano Benlliure.

precisamente en un momento en el que la Universidad española estaba plagada de conflictos; tampoco el desprendido esfuerzo de los profesores¹⁰, ni los razonamientos de algunos políticos valencianos. Para él era muy sencillo... como una regla de tres simple. Decía: «cuantas más escuelas, más problemas».

Así de simple.

Mientras tanto, el ayuntamiento de don Adolfo Rincón proporcionó los medios¹¹ para que, los alumnos que aprobarán la mayor parte de asignaturas de primero, pudieran continuar estudiando el segundo curso en Valencia y examinarse, por libre, en la Escuela de Barcelona.

El éxito que obtuvieron los alumnos en los exámenes de junio en la ciudad condal nos animó a continuar en aquella situación tan crítica y desoladora hasta que, un buen día, nos enteramos por la prensa del «providencial» relevo de aquel ministro, y antes de que pudiéramos despedirnos del señor Lora Tamayo, el nuevo ministro valenciano, el señor Villar Palasí, ya había anunciado su intención de crear un Instituto Politécnico en Valencia.

En el mes de Agosto de aquel 1968 nos visitó en la plaza de Galicia don Rafael Couchoud, acompañado de don Francisco Rovira, y quedó sorprendido al encontrar el aula llena de alumnos en fechas tan veraniegas. Me preguntó si se trataba de algún examen atrasado, y cuando le aclaré que eran tan sólo unas clases con las que pretendía paliar la contrariedad del suspenso de junio, dándome la mano dijo: «Esto es medallable»¹². «Gracias —le comesté— pero me temo que todo esto no es más que el arriesgado fervor de los neófitos».

Durante el resto de nuestra conversación se mostró con la misma amabilidad y, finalmente, nos invitó a pertenecer al nuevo Instituto.

Pocos días después, el director general de Universidades, el señor Rubio, me confirmó en Madrid las ideas del nuevo ministro, de las que él discrepaba, aunque reconoció que era una gran oportunidad para Valencia. Tengo un buen recuerdo de él, pues siempre me fué sincero y, además, aquel centenar de libros que mandó a nuestra biblioteca los recibimos como las semillas de una siembra reciben las primeras gotas de lluvia.

Posteriormente, el ministro Villar Palasí aceptó mi petición para que los alumnos que habían comenzado sus estudios en la plaza de Galicia, dispusieran del segundo y tercer curso en el mes de octubre, para que no necesitaran trasladarse a otras ciudades, y del cuarto y quinto curso en los años sucesivos.

Así lo anunció oficialmente el recién nombrado director general, señor Ramos, en otro acto público —quizá el más trascendente para la Escuela— en el que la numerosa asistencia de autoridades civiles y académicas, profesores y alumnos, sirvió para celebrar la realidad, por fin, de tan importante y deseado logro.

El lema «hay que dar clase hasta en las eras», que repetía Villar Palasí por toda España, se cumplía de esta manera en Valencia.

Pero además de entender la intención de la voluntariosa frase, pudimos comprobar que el ministro también conocía los nuevos sistemas pedagógicos europeos y americanos, al exponernos sus intenciones fundacionales y estructurales para el nuevo Instituto Politécnico: en primer lugar, los alumnos que ahora comenzaban debían llegar a las especialidades desde un tronco común de asignaturas básicas y, en segundo lugar, el calendario universitario debía sustituir el sistema anual por el de los semestres. Demasiadas innovaciones para tantos novicios.

Respecto a los alumnos que ya habían comenzado sus estudios en la plaza de Galicia, fue fácil convencer al Rector para que respetara el plan vigente, aunque se duplicará la docencia.

Esto permitió que, en el año 1970, se produjera una situación verdaderamente paradójica: la desamparada Valencia, de repente, se convertía en la primera ciudad de España que disponía de dos escuelas de arquitectura: la de la plaza de Galicia, que vivió desde el 66 hasta el 79, y la del Camino de Vera, que comenzó en el año 69 y que aún perdura.

La prodigiosa providencia no sé si juega a los dados... o se divierte con la ironía.

Muchos percibieron un cierto «carácter diferenciador» entre los alumnos de los dos centros. Pero nadie hizo lo más mínimo para mantener aquel espíritu humanístico-universitario en la plaza de Galicia. Y hoy algunos continuamos pensando que fue una gran oportunidad perdida.

(10) Los catedráticos de la Escuela de Barcelona, señores Lozoya, Canosa y Sánchez, fueron quienes presidieron los exámenes en Valencia.

(11) 300.000 pesetas.

(12) *Sic*.

Para precisar *cuándo* ocurrió todo esto tendremos que hacer referencia, aunque muy brevemente, al contexto arquitectónico de aquel momento.

En los años 60 se produjo, como recordarán, la ruptura con el racionalismo.

Ni el organicismo de los 50 de Wright¹³ y Aalto¹⁴, ni el perfeccionismo de Mies Van der Rohe¹⁵, pudieron contener el brutalismo inglés de los Smithson¹⁶ que, con su sinceridad constructiva y funcional, alcanzaba un barroquismo tecnológico y escenográfico en el que las «instalaciones» se convertían en elemento protagonista de la composición.

...La melodía quedaba enmascarada por la potencia del acompañamiento...

Es el momento deslumbrante del equipo Archigram¹⁷.

En Estados Unidos, Paul Rudolph¹⁸ es el gran promotor de «la nueva libertad». Entre sus seguidores destacaban Eero Saarinen¹⁹, con el edificio de la Twa del Aeropuerto Kennedy; Philip Johnson²⁰, el apologista del postmodernismo, o Venturi²¹, que en su pequeño y conocidísimo libro *Aprendiendo de todas las cosas*, consagra la arquitectura publicitaria, comercial y lúdica.

Jakobsen²², en Dinamarca, no tiene inconveniente en utilizar el muro cortina en su serena y humanizada arquitectura, integrando los tradicionales elementos constructivos daneses a su paisaje natural, mientras Kenzo Tange²³, en Japón, combina los nuevos materiales industriales con la estética costumbrista, propia del bambú y de la madera; así como en España, donde Luis Peña Ganchegui aplica los útiles modernos a las estructuras habituales.

Sin embargo, en Valencia se alcanzaba un techo racionalista con las viviendas de Santiago Artal Rios: el edificio Santa María Micaela de la avenida Pérez Galdós. Y como también recordarán, fue en aquellos años cuando llegaron a la plaza del ayuntamiento dos reflectantes, y refractantes, muros cortina...

Se reiniciaba la arquitectura de autor, pero de una forma tan inusual, que cualquier manifestación rozaba la audacia y, el audaz, era objeto del sarcasmo de los más toscos.

Era la euforia del desarrollo. La construcción de viviendas no cubría la demanda. Los precios eran asequibles y la arquitectura, ajustada al consumo.

Pero... ¿cómo empezó aquella historia?

Pues... he de deciros que con mucho secreto.

El director de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, don Roberto Terradas Vía²⁴, vino a Valencia, el año 65, como miembro del

tribunal de oposiciones, para cubrir las plazas de Arquitectos Jefe de Servicio del Ayuntamiento y, una vez terminadas, me expuso los problemas de masificación que padecían los primeros cursos de la carrera, hasta tal extremo que el nuevo edificio de la Diagonal ya se había quedado pequeño.

Necesitaba saber si yo estaría dispuesto a colaborar en la instalación de un primer curso en Valencia, dependiendo de la Escuela de Barcelona.

Me pidió la máxima reserva, ya que si yo no podía ayudarles, se lo propondría a nuestro compañero Arstegui, del País Vasco.

Discretamente, y reprimiendo el entusiasmo, cedí a su encanto persuasivo.

Como simple curiosidad, (y no exento de maldad), recordaré que Sevilla tenía ya Escuela de Arquitectura desde hacía poco más de cinco años.

La primera misión que me encomendó mi condoleciente, jovial y querido director, fue encontrar al político valenciano que pudiera apoyar esta idea, encargo que me legitimó para preguntarle, sin demasiada osadía, el porqué de un único curso, y no una escuela.

Don Roberto quedó algo sorprendido y, tras un breve lapso, me contestó que la autorización ministerial era tan solo para el primer curso.

No quise recurrir a los argumentos históricos, y recordarle que la Escuela Valenciana de Arquitectos del siglo XVIII fue la segunda que se creó en España, anterior incluso a las de Sevilla y Barcelona.

(13) Wright, Frank Lloyd. Nace en Richland Center (Wisconsin), en 1867, y muere en Phoenix (Arizona), en 1958.

(14) Aalto, (Henrik Hugo) Alvar. Nace en Kuortane (Finlandia) en 1898. Muere en Helsinki, en 1976.

(15) Mies van der Rohe. Nace en Aquisgrán, en 1886. Muere en Chicago, en 1969.

(16) Smithson, Peter. Nace en Stockton-Ontes, en 1923. Smithson, Alison. Nace en Sheffield, en 1928.

(17) Archigram. Fundado en 1961. Compuesto por Warren Chalk, Peter Cood, Denis Crompton, David Greene, Ron Herron, Mike Webb, y el historiador y crítico Reiner Banham.

(18) Paul Rudolph, Marvin. Nace en Elkton (Kentucky), en 1918. Promotor de la Nueva Libertad, basado en el modernismo de Le Corbusier, Wright y Louis Khan.

(19) Eero Saarinen. Nace en Kirkkonummi (Finlandia), en 1910. Muere en Ann Arbor (Michigan), en 1961.

(20) Jhonson, Philip Cortelyou. Nace en Cleveland (Ohio) en 1906.

(21) Venturi. Nace en Finlandia en 1925.

(22) Jakobsen, Arne. Nace en Copenhague en 1902. Muere en Copenhague en 1971.

(23) Tange, Kenzo. Nace en Osaka (Japón), en 1913.

(24) Hijo del gran matemático Esteban Terradas.

Sin embargo, al día siguiente, en la entrevista que nos concedió el alcalde, el señor Terradas anticipó ya que, a la vista de los resultados del primer año, se podría pensar en una futura Escuela; eso sí, actuando con la máxima prudencia para no contrariar al ministerio ni producir inquietudes en el campo profesional.

No sé porqué me viene ahora a la memoria la definición de arquitecto que el inconmensurable profesor de Estética de la Escuela de Madrid, don Victor d'Ors, nos brindó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a los directores de las escuelas especiales. «El arquitecto —dijo, apuntando al techo con su dedo índice— tiene la vanidad del artista, el orgullo del científico y la avidez del financiero».

Perdonadme, y veamos el *dónde*, que tiene duende.

El Palacio Municipal de la Exposición Regional Valenciana de 1909 fue el escenario donde transcurrieron los primeros cursos de la Escuela de Arquitectura.

Al principio, en 1965, lo compartíamos con algunos servicios municipales, como el laboratorio o las quintas, pero afortunadamente pudimos adecuar unas cuatro aulas para impartir nuestras clases, y algunas pequeñas dependencias para la administración y el profesorado.

El edificio, obra del arquitecto don Francisco Mora Berenguer, se construyó entre el 1 de marzo y el 18 de mayo de 1909, fecha en que estaba prevista su inauguración.

Don Francisco Mora planteó aquella obra como un homenaje a la arquitectura regional, inspirado —según sus propias palabras— «en los bellísimos monumentos que posee Valencia de su época de mayor esplendor, modelos de arte ojival que el pueblo admira y venera como genuinamente propios».

El autor pudo ver, con más o menos agrado, los distintos usos que se fueron sucediendo en el edificio tras la clausura de la Exposición.

Lo que ya no llegó a ver, porque desgraciadamente murió cinco años antes²⁵, ni pudo imaginar, es que en aquel lugar naciera la Escuela de Arquitectura, y tampoco el respetuoso tratamiento que siempre le dieron aquellos usuarios.

Sobre la adecuación que hubo de realizarse en el edificio para tal fin, don Íñigo Magro, actual profesor de Proyectos y antiguo alumno, afirma en su tesis doctoral²⁶ que, «estas obras, que no afectaron

al aspecto externo, ayudaron a sanear, en cierto modo, el conjunto. El edificio fue remozado y, durante una década, fue digno marco para las primeras promociones de arquitectos valencianos».

A tan consideradas palabras me gustaría añadir que, sujetos a las paredes, los actuales restauradores del edificio han encontrado varios trozos de aquellas polícromas vidrieras emplomadas²⁷ que, en su día, sustituimos por razones de seguridad y de economía por simples cristales.

Este hecho, que puede parecer intrascendente en determinado ambiente cultural, a mí se me antoja que posee algo de simbólico y, quisiera creer, también algo de profético.

Muchas familias no saben qué hacer con los trabajos de arquitectura y urbanismo (proyectos, maquetas, dibujos,...) de sus progenitores, bien sea porque ninguno sigue ya en el campo de la arquitectura o porque, sencillamente, no pueden mantenerlos en sus propias casas.

Estoy seguro, y me consta²⁸, de que si existiera un local oficial en el que pudieran archivar y conservarse estos trabajos tan genuinos, las familias, gustosamente, los donarían. Nuestro patrimonio cultural contaría así con unos testimonios originales que permitirían conocer y comprender, con mayor exactitud, toda esta época, tan reciente, casi olvidada... y un tanto manipulada.

Las estancias del Palacio de la Exposición adquirieron para la Escuela otros nuevos significados. Así, el pórtico de acceso, que fue proyectado como una logia protocolaria, representó para nosotros el atrio de las esperas: la de los amigos, la de los profesores, la de las notas... o sea, la espera de alegrías y penas.

El aula de las Naranjas recibió este nombre porque las lámparas, hoy desaparecidas, diseñadas por don Francisco, reproducían un manojo de ramas de naranjo que el pintor Genovés²⁹ había plasmado en su lienzo de la escalera principal; los peldaños de mármol de la noble escalera fueron el graderío preferente de reivindicaciones docentes.

El Salón de Fiestas o recepciones se transformó, más tarde, en una gran aula de dibujo del

(25) Murió el 24 de Enero de 1961, en un accidente de tráfico, viniendo de Barcelona.

(26) Tesis doctoral leída en Marzo de 1987.

(27) Fueron colocadas por Cristina Grau y otros alumnos

(28) En la Escuela de Arquitectura están las aportaciones de don Javier Göerlich y las de don Francisco Mora.

(29) Cuadro de J. Genovés fechado en 1892.

natural, a la que llegaron los primeros trabajos de los alumnos sobre el paisaje urbano de esta ciudad, de su edificación: la calle de la Paz, el mercado de Colón, la Lonja, el interminable centro histórico, puentes, torres, etc.

Además, en él se hizo pública la oficialidad de la escuela.

¿Sería otra ironía que la llamada «Joya de la Exposición», aquel homenaje a la arquitectura regional del señor Mora Berenguer, contuviera algún día un Archivo de Arquitectura de esta Comunidad?.

Ahora los vientos son favorables a la cultura. Esperemos que Zéfiro llegue suave a la arquitectura.

Los nombres propios de *quienes* conformaron el reparto de aquella «aventura» eran muchos más de los citados hasta ahora.

Mis más próximos colaboradores en la dirección fueron don Rafael Tomás Carrascosa, secretario durante los siete años, y los jefes de estudios sucesivos don Pablo Navarro Alva González y don Rafael Tamarit Pitarch.

Don Miguel Colomina, otro leal amigo, como los anteriores, fue quien me sucedió en la dirección, en 1973.

Querría mencionarles a todos, incluso a los que ya nos dejaron... pero sería interminable y de una clara autosatisfacción. Debo limitarme a los responsables de las seis asignaturas de aquel singular primer curso, para dejar constancia de las colaboraciones imprescindibles de los catedráticos que legalizaban la docencia de la Facultad de Ciencias, de la Escuela de Bellas Artes³⁰ y, naturalmente, de la Escuela de Barcelona, señores Terradas, Solá Morales, Gil Nebot, Canosa, Lozoya y Sánchez. Así:

- de Geometría Descriptiva: don Rafael Tomás y don Joaquín Arnau Amo,
- de Dibujo Técnico: don Juan Segura de Lago,
- de Álgebra Lineal: don Lorenzo Ferrer Figueras
- de Cálculo Infinitesimal: don Manuel Valdivia Ureña,
- de Física: don José Luis Lloret Sebastián,
- de Análisis de Formas: don Rafael Contel, don Juan José Estellés, don Enrique Ginesta y el que les habla.

Nuestro interés como profesorado no se ceñía al concepto amplio, aunque limitado, de una disciplina técnica que, en mi caso, era el dibujo de Análisis de Formas Arquitectónicas. Consideraba el campo analítico de la percepción visual³¹ y el fenómeno de la expresión gráfica con un nexo de investigación muy personal: la geometría —la

llamada euclidiana— como pauta de la praxis, pero con el horizonte de la relatividad y la incompletitud de las nuevas geometrías, para avalar la libertad de la imaginación ante la disciplina y la búsqueda del refinamiento frío y siempre mejorable.

No pude ni puedo prescindir de la *composición* como fundamento básico del diseño³²: es como el ritmo orgánico de crecimiento que poseen las formas en la Naturaleza, con su progresión y alteraciones circunstanciales.

Nos parecía que era muy importante desde los primeros años, conseguir dotar a aquella Escuela de un carácter humanístico, integrador de conocimientos, que permitiera expresarse con la libertad de una sociedad abierta³³, para un porvenir abierto, y potenciar al máximo las capacidades disciplinares y creativas.

Con tal motivo se organizaron conferencias, seminarios y charlas, a las que se invitaba como ponentes a diversas personalidades del mundo intelectual, artístico, social, económico y profesional.

Personajes como Miguel Fisac, José Antonio Torroja, Josep Martorell, Julio Seoane, José Luis Blasco, Salvador Hervás, Giralt Miracle, Xavier Rubert de Ventós, Tomás Llorens, Josep Vicent Marqués, Luis Racionero y otros, hicieron partícipes de sus ideas a todo aquel que quería escucharlas...

Aquellas puertas siempre permanecían abiertas: por ellas entraron muchos alumnos y también salieron muchos arquitectos.

Don Ignacio Bosch fue el primer alumno que se inscribió y, don Vicente Más, el primero que obtuvo el título de arquitecto. Hoy ambos ocupan puestos de gran responsabilidad docente, no sólo en la Escuela, sino también en el rectorado de la Universidad Politécnica, y pertenecen a ese gran número de alumnos-profesores que han hecho posible que, de aquella siembra, se hayan recogido ya frutos de 25 promociones, y también de que, de aquella precariedad inicial, las sucesivas direcciones hayan podido conseguir unos equipamientos, para mí, impensables por aquel entonces y, sin embargo, tan

(30) Decano de la Facultad de Ciencias: Francisco Bosch.

Secretario de la Escuela de Bellas Artes: Enrique Ginesta.

(31) Arnheim, Rudolph. *Arte y Percepción Visual*, Univertitaria de Buenos Aires, 1962.

(32) Gillam Scott, Robert. *Fundamentos del Diseño*, Argentina, 1967.

(33) Popper, Raymon. *The Open Society and its enemies*, 1945.

cotidianos para el actual director, don Arturo Martínez Boquera, aunque me indica que ya le son insuficientes.

Santiago Calatrava suele decir que, si no hubiese existido aquella Escuela en Valencia, él no hubiera podido estudiar arquitectura. Y si esto es cierto, y lo es para muchos arquitectos, debemos reconocer a todos y cada uno de los que contribuyeron a crearla. Tanto a los que se oponían a su fundación, como a los que colaboraron en ella, aunque fuera de forma interesada³⁴

Pero, sobre todo, debemos dar las gracias a los que trabajaron, desprendidamente, para conseguir algo más que terminar con la histórica injusticia que denunciaban don Julio Just y don Fernando Llorca, de que en esta ciudad no se pudiese estudiar oficialmente Arquitectura desde 1869.

Ese algo más, como hecho social, sobrepasa los límites de este relato. Además, con la realidad de la ciberescuela, sin duda quedará reducido a una efemérides más o menos simbólica... porque para los curiosos siempre hay algo más de lo que salta a la vista.

No quiero finalizar sin recordar a aquellos alumnos que, aunque no llegaron a obtener el título de arquitecto, asistieron a mis clases, comprendiendo lo importante que es conocer nuestra historia a través de la arquitectura. Y eso lo lograron ellos solos, porque mi límite, con mis oyentes, era... enseñarles a mirar.

Gracias por su atención

ROMÁN JIMÉNEZ IRANZO

(34) Se oponían, entre otros, la Diputación de Valencia, donde don Bernardo Lassala puntualizó, ante el director de la Escuela de Idiomas, en 1965, que los señores diputados habían sentenciado: «el que quiera estudiar arquitectura que se vaya a Madrid o Barcelona». Asimismo, Emilio Larrodera, profesor de Urbanismo de la Escuela Técnica Superior de Madrid, afirmaba: «Me opongo a que hayan más escuelas de Arquitectura de las ya existentes: Madrid, Barcelona y Sevilla». Por su parte, Javier Rubio, director general del Ministerio de Educación y Ciencia,

argumentaba: «No hay presupuesto». Finalmente, la junta del Colegio de Arquitectos de Valencia opinaba que «lo que hace falta es una Escuela de Aparejadores».

Entre los que colaboraron y apoyaron la iniciativa se cuentan el director de la Caja de Ahorros, don Joaquín Viñals, que nos dio 500.000 pesetas para mobiliario; el alcalde del Ayuntamiento de Valencia, don Adolfo Rincón de Arellano, que nos cedió los locales, así como 500.000 pesetas a fondo perdido para cubrir parte destinada a la Diputación.